

Fragmentos de la batalla de Zacatecas

Salvador Rueda Smithers*

Guadalupe Villa Guerrero y Limonar Soto Salazar (coords.), *1914. Miradas fragmentadas de la Revolución en Zacatecas*, México, Instituto Zacatecano de Cultura / Gobierno del Estado de Zacatecas / INAH-Conaculta / Instituto Mora / Conacyt, 2015, 225 pp.

La batalla de Zacatecas está en el centro de la Revolución por sus significados militares y por su trascendencia política. Y es que ese singular y estrecho acto bélico hizo posible que la Revolución se constituyera como un acontecimiento histórico mayor: tan determinante que la convirtió en un acto fundacional y no únicamente en una anécdota. Este libro, hecho de recuadros bien estructurados, trata el tema. No fue cualquier suceso: la batalla de Zacatecas proyectó la Revolución que le dio apellido al siglo XX.

La jornada bélica del martes 23 de junio de 1914, ocurrida en el

horizonte del antiguo mineral de Zacatecas, enclave nodal del viejo Camino Real de Tierra Adentro, jugó en favor de la política y —a la larga— también del destino. Su eficacia señaló a la Revolución en su proyección ontológica de largo alcance; fue el momento que posibilitó las reformas sociales y la nueva Constitución. De ese día en Zacatecas brotaron sangre y palabras, imágenes y memoria. Se le reconoció como el momento final del México viejo. La Revolución encontró en Zacatecas su punto de quiebre. Fundó al México moderno. Y ese tiempo, aunque violento, se concibió como esperanzador.

Pero la ronda generacional puso a la Revolución en entredicho y la volvió pasado inmediato, no presente vivo. Llegó la hora de preguntarse sin pasiones, de entender lo sucedido. Tiene ese propósito el libro *1914. Miradas fragmentadas de la Revolución en Zacatecas*, coordinado por Guadalupe Villa Guerrero y Limonar Soto Salazar, con sello editorial compartido por cinco dependencias dedicadas al estudio y difusión de la cultura. Ocho ensayos, una presentación y diez plumas conjuntaron saberes e inclinaciones para retomar un tema que el manoseo oficial y

el estereotipo parecía que habían agotado: la compostura social y las conductas de los soldados de Pancho Villa y del Ejército Federal en el más estruendoso de sus enfrentamientos. Dibujar los pormenores fue la meta de esta reunión de textos; su resultado, un libro entretenido, un libro bien construido, con información ya conocida y con mucho de novedad, con ensayos redondos en sí mismos —lo que no obliga a la lectura secuenciada—, un libro que apela a entender las distintas —y siempre tremendas— dimensiones de la guerra.

El pretexto de la compilación fue la conmemoración del centenario, en 2014. El propósito, según escribieron Guadalupe Villa y Limonar Soto, fue poner en la mesa de disección un suceso que tiene muchas más aristas que las que su transformación en relato épico habría supuesto. Es “la guerra, sometida al escrutinio de la historia, la arqueología y la arquitectura, disciplinas que se han dado cita para articular las historias desde donde se entretajan diversos sucesos de la lucha armada: sus protagonistas y los devastadores efectos materiales, económicos, políticos y sociales que hoy se reescriben con la mirada del siglo XXI”. Ello significó, en

* Museo Nacional de Historia, INAH, Castillo de Chapultepec.

cada uno de los ensayos, la revisión de los puntos de vista aceptados bajo la condición de examinar fuentes diferentes y poco accesibles —o de plano, desconocidas por la mayoría— que permitieran trazar un horizonte más amplio que el de los calificativos de los vencedores, aquí puestos en el atril para su lectura nueva. Se busca hacer balances, puntualizar el origen y propósito de las fuentes de conocimiento de la batalla, el antes y el después de la historia, las ausencias y las exageraciones, las luces y las sombras.

El resultado final no es cuestionado, por supuesto; lo que importa es abordarlo de una manera más amplia. La fama de Pirro se extiende al tomar Zacatecas: en la introducción se avisa que “hubo un derrotado y un ganador, pero el ganador quedó casi tan derrotado como su enemigo, puesto que de inmediato se le infamó”. Pero la leyenda negra del momento no opacó la construcción de la épica. El recuerdo de ese martes en Zacatecas se explotó con fines políticos a lo largo del siglo, lo que diluyó los verdaderos pormenores de la batalla casi por entero. Este libro, sin rehuir su carga de dolor, regresa al plano inmediato el desarrollo del acontecimiento y de sus efectos.

El abanico de temas que nos ofrece *Miradas fragmentadas...* es amplio: todos tratan las maneras en las que la vida cotidiana se trastocó —como ya habría apuntado Henri Lefebvre al reflexionar sobre la guerra y la historia. A lo largo de los ocho ensayos nos adentramos en explicaciones acer-

ca de la composición de las tropas contendientes; del hecho de que se tratara de dos ejércitos que chocaron en un territorio vertebral para el ejercicio del poder de la nación; de que ambos ejércitos eran extraños a los habitantes de la ciudad de Zacatecas y sus alrededores —la guerra propia, regional, de los zacatecos, sería una década más tarde, cuando los cristeros de Juchipila y Valparaíso propusieron una tercera vía de asociación política bajo la dura ortodoxia del catolicismo parroquial—; de la importancia económica de las haciendas —alguna de ellas notablemente prósperas— y ranchos en el abastecimiento logístico de las tropas; del rostro urbano herido por la metralla; de las cicatrices en edificios, calles, minas y cerros que sólo los arquitectos y los arqueólogos pueden descubrir; del papel del miedo y del rumor en los prolegómenos de la violencia militar y la violencia bandolera; de la ruralización de la pequeña —pero urbanamente bien definida— ciudad de Zacatecas; de la inmigración de habitantes de ranchos y haciendas a la capital zacatecana y la emigración de hacendados y comerciantes a León, Guadalajara o México, ambos fenómenos para huir de la depredación de rebeldes y de descontrolados; de la reinterpretación bajo lenguajes estrictamente militares de las fuentes escritas por protagonistas y testigos de los combates; del papel silenciosamente heroico de las mujeres de las brigadas sanitarias en los hospitales de sangre; de las urgentes preguntas al confrontar las series fotográficas del paisaje des-

pués de la batalla y las notas de los diplomáticos-corresponsales y espías estadounidenses... “La guerra se convirtió —afirman Villa y Soto— en una fábrica de imágenes que se multiplicaron en periódicos, revistas y tarjetas postales”. Y habría que agregar que también en la lírica popular y en la literatura, semilla de la eficacia discursiva del suceso histórico elevado a relato épico.

Todo ello, entre varios asuntos que actualizan la comprensión de ese suceso clave. Esta historia del recuerdo nos acerca, sin complacencias, a la que Georges Duby llamaría *antropología de la guerra*, que explicaría al futuro inmediato zacatecano, enlace que se perdió de vista por el alcance nacional del resultado de la batalla. En ese terreno, por ejemplo, no es difícil encontrar una línea genealógica que ligue la decisión de Villa de expulsar del país a los sacerdotes que apoyaron al régimen de Huerta y la Guerra cristera, entre 1927 y 1929, en la zona; pero también el de la emergencia del papel de la mujer a pesar del tardío reconocimiento de su actuar revolucionario (hasta 1939), y el todavía más tardío reconocimiento de su particularidad en la historiografía.

Los ensayos pueden leerse sin seguir una secuencia. Aunque todos giran en torno al mismo tema, la edición del libro se cuidó de prejuiciar al lector dando orden de primacía a los temas tratados. El primer texto, de Limonar Soto, describe las características sociales y militares de la guarnición federal en Zacatecas. El discurso desplegado por las autoridades a los poblado-

res no tenía nada de original, pero era indudablemente efectivo: la seguridad de la ciudad y sus pobladores, de propiedades y vidas, quedaba garantizado porque el antiguo mineral se desdobló en fortaleza inexpugnable. La “máscara del mando” —para usar la idea de John Keegan— se desplegó con teatralidad: los dispositivos defensivos, la calidad de la oficialidad, el despliegue y ubicación de acuartelamientos, trincheras y fortificaciones, el control de las vías de comunicación y los caminos a haciendas y minas, dibujaron un escenario de guerra poco atendido por los historiadores. La pregunta central recuerda a Clausewitz: ¿por qué se decidió que Zacatecas fuera el sitio de la batalla definitiva? Tal decisión y las conductas, sumadas, darían las respuestas en junio de 1914, las cuales explica Soto con pulcritud. Para entender la singularidad del escenario, describe la geografía de la rebeldía antihuertista, el nacimiento de la División del Norte y la formación extremadamente rápida de la experiencia táctica. Ese ejército, que en 1913 se nutría del enemigo —como todos los ejércitos constituidos por civiles en armas—, en 1914 ya tenía la suficiente disciplina, conocimientos (con la incorporación de oficiales profesionales adeptos a la Revolución), orden y capacidad de fuego para desarrollar una campaña de alta intensidad. A continuación el autor explica la composición de las tropas federales, ya desgastadas por la arbitrariedad de la cúpula huertista, con soldados de leva y con habilitados orozquistas; de manera clara, repasa también a

la oficialidad federal, entre los que destacaban veteranos de las guerras contra los indios mayas y los zapatistas.

La sucesión de acontecimientos y de movimientos de fuerzas armadas durante las semanas previas a la batalla zacatecana así como la muchas veces sorda y fiera lucha de posiciones con las tomas temporales de plazas y sus efectos políticos en la Ciudad de México fueron estrechando cada vez más la posibilidad de que en un solo y contundente evento se decidiera el lugar del encuentro. Finalmente Soto describe la situación de los defensores al momento de romper las hostilidades: el lector no tendrá dificultad, con el pequeño mapa que ofrece el libro, para imaginar a los hombres armados, a las bestias, el sonido de metales y maderas de rifles y cañones, la respiración nerviosa, los rostros inyectados de adrenalina de los varios miles de combatientes que se jugarían la vida a partir de las 10 de la mañana de ese martes, entre los cerros y acantilados, bocas de minas y edificios del centro, nerviosos ante el inminente fuego de los 51 cañones que componían la artillería de los bandos en disputa. La batalla final duró entre 7 y 9 horas —ambos cálculos los proponen distintos autores en esta compilación—; después, la mentira como arma política nutrió a la opinión pública nacional, retardando la caída del régimen.

Águeda Venegas aborda un tema insoslayable para entender que las guerras no se definen solamente con el fuego de las armas. La afilada doble hoja de las pala-

bras cumple un papel fundamental: la insidia, lo sabemos, es letal. La autora prepara el terreno de su tesis dibujando la cotidianidad zacatecana como un *continuum* de la historia urbana local. Los raros caminos del chisme y el cotilleo fueron invisibles modos de guerrear, y los explica como parte de los espacios tradicionales de comunicación social: agujajes, mercados, comercios, calles; es posible escucharlos. Hoy sabemos el efecto tremendo de lo que se decía y de lo que se creyó escuchar ahí. Pero también en los teatros, en los intermedios de las funciones de ópera o del circo. La prensa, por supuesto, tuvo su papel: la oficialista, buscando la confianza ciudadana; la opositora, combativa y de circulación clandestina, que desvelaba la mentira gubernamental; ambas, cargadas de calificativos y de intereses que decían proponer en favor de la vida civil. Pero se estaba ya al filo del agua.

Venegas dedica un apartado a la relación entre los rumores y las incursiones revolucionarias desde finales de 1913. Llama la atención que, para que ciertos rumores con carga política tengan éxito en su reiteración, sea necesaria la condición de veracidad que los haga creíbles; pero esta característica no proviene del discurso del rumor sino de la condición del receptor. Así, la superstición y la ingenua credulidad abonaron en el pesimismo que preparaba los oídos y las mentes. Lluvia de cenizas del lejano volcán de Colima, una nevada y un temblor echaron a andar el mecanismo de la anunciación de la catástrofe. El miedo, en ciertos momentos y cir-

cunstances —nos enseñó Georges Lefebvre—, puede ser un poderoso motor de la historia.

La economía se vio afectada en la geografía aledaña a la ciudad; la descripción de la autora de la aplicación de las leyes de guerra —por ejemplo, durante un sitio los alimentos van primeramente a los soldados y después a los civiles— y las conductas de la autoridad militar y estatal, con el cerco inasible de Pánfilo Natera y el absolutamente contundente de Villa, abren un panorama que otras descripciones de la batalla apenas delinear. Y el horizonte después de la batalla no pudo ser más asolador: más de 6000 muertos en un feroz encuentro que duró lo que la luz del día de ese martes 23. Luego el desabasto, la insalubridad y el oportunismo, la aplicación de la pena de muerte a prisioneros “colorados” y los saqueos parecerían respaldar los peores cálculos que nutrían los rumores. Los tonos épicos silenciaron los tonos trágicos. Pero la mirada moderna —nos recuerda Venegas al final de su texto— busca detrás de las explicaciones meramente descriptivas del suceso militar para descubrir el rostro civil, el que padece en silencio.

Margil de Jesús Canizales dibuja el paisaje rural ante la voz de alarma de “¡Ahí viene la bola!”. Explica el papel fundamental —diríamos, de “retaguardia”— que tuvieron las haciendas y los ranchos a partir del movimiento de 1910. Fueron centros abastecedores de alimentos y dinero para las tropas revolucionarias, que financiaban su fuerza a través de impuestos especiales, requisas, empeños y —no

pocas veces— el robo. Escasa documentación y un enorme anecdotario en el imaginario colectivo, explica este autor, quedó de este periodo de incursiones, amenazas y depredaciones federales y rebeldes.

La descripción del inicio del huertismo en Zacatecas y su insulso protocolo refleja su paso poco glorioso por la historia. No adelantaré la anécdota al lector, pero sí puedo afirmar que enmarca muy bien el resto del relato y explica, en parte, la fuerza de los revolucionarios de otras áreas de la geografía zacatecana. Llama la atención la agenda rebelde en zonas que doce años más tarde serían cristeras, a excepción de Juchipila, que se mantuvo leal a Huerta.

La parte más detallada la invierte Canizales en la descripción de las haciendas y las compañías agropecuarias ante las exigencias de los revolucionarios. El principio del final de la cuatricentena historia de la hacienda como unidad de producción en el campo fue un fenómeno propio del siglo XX mexicano. El autor describe el rudo proceso en las haciendas de Cedros, Espíritu Santo, San Tiburcio y Trancoso, que vieron su ruina material y financiera con la Revolución. La economía de guerra cambió las leyes de la oferta y la demanda de cereales, ganado, guayule y mezcal, pero también de la fuerza de trabajo. La confrontación entre los habitantes de las haciendas y los rebeldes anunciaría un conflicto posterior; los trancoseños que combatieron en defensa propia contra grupos alzados revolucionarios, por ejemplo, prefiguró el vocabulario cristero: “defendiendo a sus

patrones y a su santa religión”, según cantaba un corrido. Los ocho cuadros explicativos que propone Canizales dan fe de la violenta e implacable relación de los revolucionarios y los hacendados; los números reflejan el costo del cambio, proceso de desintegración que terminaría años después con la Guerra cristera y la reforma agraria del *termidor* revolucionario.

Las poblaciones vecinas a la capital del estado comenzaron a sentir la presión de la guerra desde 1913. Hubo momentos en que fue tierra políticamente fuera del control gubernamental —lo que, por ejemplo, ocasionó un episodio de “fuego amigo”—, una geografía que se apropiaban los revolucionarios y que alimentaba su número y capacidad de lucha. Al arrebatarse al gobierno el control fiscal y el dominio de las comunicaciones, se sustituía el ejercicio del poder de los huertistas hacia los constitucionalistas. Sin embargo, la conducta de los rebeldes provenientes de zonas excéntricas a la capital zacatecana sería igualmente violenta contra la población civil: se multiplicaron los robos y las extorsiones, la expedición de vales sin respaldo real para hacer efectivos los pagos, la emigración por miedo, la leva y el derrumbe de las oportunidades de trabajo —de ahí la posterior oposición a las disposiciones de los revolucionarios a lo largo de décadas.

Eva Martha Rocha ofrece un ensayo sobre el papel de las enfermeras y la atención a los heridos durante los combates que enmarcaron la batalla de Zacatecas. El tema es ampliamente manejado

por la autora, y se nota la profundidad de su conocimiento para narrar el trenzado de las historias de vida con el acontecimiento nodal de la batalla. Y es que la población civil, sobre todo aquella que era más vulnerable a los atropellos de los combatientes y a las violencias desatadas, no asumió siempre una actitud pasiva. Hubo quienes, con agallas, se involucraron en el conflicto y consiguieron el respeto de todos; por ejemplo, las enfermeras de la Brigada Sanitaria de la División de Norte —y su derivada Cruz Azul Mexicana— y las voluntarias de la Cruz Blanca Neutral. La invisibilidad de la participación de las mujeres en la guerra, ya lo dije, ha sido historiográfica, pero no en los terrenos de la vida, en los que la historia no es más que una modalidad, como nos recordó Edmundo O’Gorman hace varias décadas. Y es que la Brigada Sanitaria de la División del Norte fue relativamente novedosa: conforme se consolidó ese cuerpo de ejército, su apoyo médico se hizo indispensable. No se trataba de una brigada precariamente equipada: tanto la calidad de médicos y enfermeras como del equipo ya era reconocido en 1914. Por su lado, los bien organizados revolucionarios de Venustiano Carranza formaron su servicio sanitario militar casi seis meses después del nacimiento del Ejército Constitucionalista. Rocha explica su participación en la primera retaguardia, apenas detrás del frente de guerra. Valientes y decididas, Rocha nos proporciona ejemplos con nombres y apellidos —Leonardo Sciascia decía que las responsabilidades históricas siem-

pre tienen nombres y apellidos—, así como detalles de sus incansables actividades, a pesar de las carencias y limitaciones. No pocas veces arriesgaron sus vidas por el fuego de las armas, y siempre por los enemigos virales y las infecciones. Describe los perfiles de las más destacadas, como Carmen Baca de Cuéllar, Carmen Parra, Cristina Baca, viuda de Fusco, María Laguardia, María Villalobos, Adela Bazaldúa, Leonor Villegas de Magnón, Beatriz González Ortega, Ángela Cuevas, María Journes y Carlota Cardona, entre varias que han desfilado en las investigaciones de la historiadora.

La narración sobre la actividad de las enfermeras en la batalla de Zacatecas nos brinda una mirada particular de la batalla. Decisiones rápidas, inapelables, exactamente antónimas de la acción de los soldados: ellas se afanaban en salvar las vidas, mientras los soldados aniquilaban las de sus enemigos. No sin desesperación apareció una manta en el hospital civil zacatecano que decía “Piedad para los heridos” —explica Rocha—, porque los hombres de Pánfilo Natera pasaron a cuchillo a los caídos que esperaban atención médica. Pero, lo sabemos, la piedad no es parte del plan de guerra; de hecho, apenas se le da un pequeño sitio en la naturaleza humana.

Las enfermeras curaban, amputaban, limpiaban, extraían balas y esquirlas, cosían, desinfectaban... Todas beneméritas, algunas heroicas. Tal es el caso de María Rosa Caballero, herida en el ataque a la plaza de Zacatecas. Es posible imaginar el movimiento febril; el

ritmo lo marcaba la batalla: en apenas unas horas cayeron miles de hombres. Escribió Rocha: “Triunfo, desolación y muerte vivieron los zacatecanos el 23 de junio y los subsecuentes que, según distintos relatos, nunca se olvidarán. Se estima que alrededor de nueve mil personas murieron en las sangrientas batallas”. Es posible hacer una rápida estimación: un promedio de 20 hombres por minuto cayeron heridos o muertos ese martes. Tal era el panorama que tuvieron que encarar las enfermeras.

María Lorena Salas aborda la fragmentación violenta de la ciudad de Zacatecas. Reconstruye las líneas que daban forma a la ciudad que la guerra arruinó, las de los edificios que la batalla convirtió en esqueletos, y las cuales almas mejores buscaron restituir en su cuerpo entero después. Su relato dibuja la ciudad antes de 1914, con los métodos del urbanismo y la demografía. Va de lo mayor a lo pequeño, de la ciudad y su traza, sus calles, plazas e infraestructura, hasta sus edificios, sus funciones originarias y los toques estéticos que les singularizaron. En el transcurso del ensayo, se intercalan planos y fotografías —en dramático contraste. Ubica los pequeños combates que eran en realidad escarceos para medir la reacción del enemigo, en los puntos reconocibles de los cerros y edificios. Explica Salas que fue la lógica y la experiencia las que señalaron a los oficiales federales los edificios que servirían de fortificaciones habilitadas a torres vigías, resguardos, hospital de sangre, almacén de municiones y

armas... Todos esos edificios y complejos arquitectónicos que se adivinaban de estructura, materiales y posiciones fuertes, pero que fueron originalmente proyectados y construidos para el comercio, la educación, la oración, la administración, el gobierno, almacenes, talleres, teatros, haciendas, espacios públicos y privados, sufrieron graves daños en el curso de apenas unos días. Lo que en la paz permitió su florecimiento, en la guerra propició su perdición.

Salas relata, no sin dramatismo, que el general en jefe de la plaza, Luis Medina Barrón, derrotado, prefirió no dejar objetos útiles a los revolucionarios; táctica de tierra arrasada, se puede añadir. Me recuerda la novela de Larry Collins y Dominique Lapierre, ¿Arde París? No porque ardiera Zacatecas, pero sí el Palacio Federal, que lo hicieron estallar, y la destrucción a sus alrededores. La huella de la determinación del mando militar no se ocultó. Vemos las fotografías que nos ofrece este libro y todavía nos estremecemos.

Escribió Salas: “El espacio urbano quedó invadido de cadáveres por doquier: yacían en plazas, portales, calles, banquetas, cauces de arroyos y lomas de los cerros circunvecinos a la ciudad. No se conoce con precisión cuántas bajas se causaron a los federales, a los villistas y a la población vecina”. Los espacios públicos, como las plazas, tuvieron entonces un propósito sanitario: la incineración de cadáveres para evitar enfermedades.

Pero la desgracia no terminaba aún. La ocupación de las casas más lujosas por jefes revolucionarios,

con el subsiguiente saqueo de objetos y adornos, y aun la destrucción sin ninguna razón —por ejemplo, de altares domésticos y capillas de las haciendas— que también tendría su símil literario en *El águila y la serpiente* publicado en 1928. La llaga tardó en cerrar.

El mayor Antonio Campuzano, historiador militar, nos ofrece la actualización de aquello que el general Felipe Ángeles atestiguó y escribió a manera de *Diario*, apoyado en los textos de Federico Cervantes y de los historiadores militares que han tocado el tema. Se trata de la relectura del texto clásico sobre la batalla de Zacatecas, pero responde a preguntas que los modernos debemos hacernos sobre el uso correcto del vocabulario. De entrada, aborda la definición precisa de lo que es una *batalla*. Los referentes paralelos serían las definiciones de *combate*, *tiroteo*, *etcétera*. Su mirada especializada permite narrar la composición numérica de las fuerzas, su organización y distribución —Cuerpos de Ejército, Divisiones— y dibujar a los contendientes en el teatro de la guerra.

Con claridad explica el propósito de conjuntar a varios miles de hombres y sitiar la ciudad. Pancho Villa tenía bajo su mando a 23 000 efectivos. “Su objetivo fundamental —escribe Campuzano— era aniquilar al ejército defensor y no, como se podría pensar, tomar la capital zacatecana. Era necesario evitar el escape de las fuerzas federales, como había ocurrido en Torreón, a fin de proceder a su aniquilamiento con rapidez”. La rudeza de la batalla se debió

a la conciencia de los mandos de ambos bandos de que el resultado sería determinante: para federales, significaba fortalecer el enclave del gobierno y romper el avance constitucionalista; para los revolucionarios, reducir a la mínima expresión la fuerza de los federales tendría doble propósito: ganar la guerra emprendida contra el usurpador Huerta y levantar la moral de los soldados revolucionarios al lavar el error de la revolución de Madero de dejar intacto al Ejército Federal.

Campuzano describe las distintas fases de la batalla y ajusta los comportamientos de los contrincantes en cada una de ellas —toma de contacto, empeño, ataque, explotación del éxito, persecución—, y las aplicaciones tácticas en las maniobras de envolvimiento y penetración. Resulta revelador que, a pesar de la experiencia y el conocimiento técnico, los federales cometieron errores en los que Villa, Ángeles, Urbina y los revolucionarios no incurrieron. De igual manera, explica la aplicación de principios ya comprometida la batalla, lo que resulta en el hecho contundente del que hablé al principio: la de zacatecas fue el hecho de armas más significativo de la Revolución.

Guadalupe Villa hace un ejercicio de parpadeo: con severidad intelectual restituye al presente lo que realmente sabemos de la batalla de Zacatecas: son miradas fragmentadas. Han sido suficientes, sin embargo, para crear leyendas, para narrar la épica, para analizar razonablemente hechos a la luz de las fuentes escritas y para actualizar el acontecimiento tanto en

las palabras como en las imágenes. Comienza su trabajo buscando detrás de las huellas; a espaldas del paradigma están los registros y los hombres: casi una veintena de fotógrafos y corresponsales mexicanos y extranjeros que cubrieron el acontecimiento, y cuyos documentos ha tenido que rastrear, no sin penas.

Miradas fragmentadas de los jirones de una batalla resuelta, podría decirse, que se construye en el libro para una lectura paralela: las de las fotografías bajo el rubro de “Saldos de la batalla”. Pero lo importante, creo yo, está en ese acercamiento que hace Guadalupe Villa mediante el uso de fotografías y pies explicativos para la construcción de la opinión pública. Se trataba, como calculadamente lo hicieron todos los protagonistas de la Revolución, de entender la propaganda como herramienta política. Pero también fue la semilla del imaginario popular de la Revolución en general y de la batalla de Zacatecas, abonado por los testimonios de primera mano y las correspondencias personales. Escribió Guadalupe Villa: “La guerra se convirtió en una fábrica de imágenes”, que al igual que los corridos y las coplas escritas en hojas sueltas y volantes, ponían al día al común de la población sobre los sucesos de una imparable guerra civil y de los cambios en la vida política. Aunque las fotografías no dieron cabal idea, dice Villa, “de la ferocidad y destrucción que la acompañó, lo cual puede ex-

plicarse por la censura y el prurito de no ofender la sensibilidad de una sociedad castigada por la violencia”; tenían una característica que con alguna frecuencia dejamos de lado: salvo alguna excepción, las fotografías —nos recuerda la autora— son imágenes del antes y después del suceso, no del suceso en sí mismo... Las imágenes fotográficas proponen la mirada singular del fotógrafo; no son espejos del mundo. Con todo, es posible agregar que las fotografías expuestas en este libro son indicativas de que a los interesados de las esferas diplomáticas sí les importaba ver el tamaño de la catástrofe material y humana. Paralelamente, la atención desviada hacia la ocupación de Veracruz dejaba en claro que la diplomacia de la segunda década del siglo XX, como la definió Stephan Zweig, era la peste moderna.

No quiero adelantar al lector el contenido del excelente apartado titulado “Reporte a destiempo”, pero es posible que esta relectura de la guerra secreta, a varios años de la aparición de la famosa obra de Friedrich Katz, refresque la memoria sobre el papel de la diplomacia estadounidense en el río revuelto de la Revolución triunfante en Zacatecas y pujante en el resto del país ese segundo semestre de 1914.

El último ensayo escrito es un saludable ejercicio de arqueología histórica. Armando Nicolau Romero e Ineida Ramos presentan el resultado de su investigación sobre

el terreno. Incursionan en un ángulo del mundo: el de los vestigios materiales a través de lo que se ha llamado *arqueología del conflicto*. Basados en la metodología moderna de la investigación arqueológica-histórica, descubren vestigios de construcciones y de adaptaciones que formaron la topografía militar en junio de 1914. Buscaron en campo “trincheras, parapetos, golas defensivas, objetos, muebles diversos como casquillos, cerámica, latería”, y cruzaron información de los partes diarios y los escritos de los protagonistas para establecer coordenadas de ese invisible mapa que los arqueólogos pueden descifrar para nosotros. Croquis, fotografías contrastadas, comparación de perfiles y hasta de objetos en apariencia insignificantes, como piedras apiladas y restos de muros, proporcionan un dibujo traslúcido del teatro de la guerra. Traslúcido pero preciso. Nicolau Romero y Ramos han logrado detectar imprecisiones en los ensayos descriptivos de testigos y protagonistas.

1914. *Miradas fragmentadas de la Revolución en Zacatecas* es de lectura obligatoria para quienes quieran aproximarse al estudio de aquello que los griegos llamaron *entelequia*: esto es, descubrir el enigma de por qué y cómo un suceso cualquiera se desdobra en *acontecimiento histórico*. Zacatecas es ejemplo de la *posibilidad* en la historia.